
Índice

La costa china	13
Pekín	23
Beidaihe	45
Tianjin	69
Dandong	90
Dalian	104
Yantai	124
Qingdao	148
Nanjing	179
Suzhou	203
Shanghai	221
Putuoshan	251
Hangzhou	267
Wenzhou	286
Xiamen	302
Guangzhou	316
Shenzhen	344
Hong Kong	350
Macao	394
Hainan Dao	423
Beihai	454
Dongxing	463
<i>Agradecimientos</i>	477

—Bueno, nos espera un siglo asiático —dijo Austen—. Espero que nos traten mejor de lo que nosotros los hemos tratado a ellos.

El mundo está cambiando muy deprisa. Mil doscientos millones de personas son chinas. El cambio lento y gradual no va a funcionar. Necesitamos una transformación revolucionaria en todos los aspectos.

JOHN LANCHESTER
El puerto de los aromas

Ésta es una cultura indiferente al afán de transparencia, que prefiere lo alegórico incluso a riesgo de la propia vida.

SHIGEHISA KURIYAMA
La expresividad del cuerpo

Avanzar hacia el sur será afortunado, porque así se cumplirá su voluntad.

Yijing. El libro de los cambios



La costa china

«¿Y por qué viene de tan lejos a ver nuestros mares?», preguntó el conductor. Trataba de ser amable después de la estafa.

En el aeropuerto habíamos acordado el precio del trayecto hasta Pekín en el achacoso vehículo que utilizaba como taxi ilegal. Al encajar la mochila en el maletero, preguntó qué me traía por su país y fue entonces cuando respondí que me dirigía a la costa. «Siéntese atrás.» Salió del parking. Cuando estaba a punto de acceder al ramal que desembocaba en la autopista, paró en una zona intermedia flanqueada por vehículos que pasaban zumbando. Un hombre apareció de algún lugar ocupando el sitio del copiloto. «Aprovecharemos el viaje para llevar a este señor», decidió el chófer. Giró el volante embocando la vía y, con el motor en marcha, dijo: «Como son dos personas, le costará doscientos yuanes». «¿Qué? Hemos quedado en cien. Que pague él su parte.» Los hombres se volvieron hacia mí. «Si no le gusta, puede bajarse.» Los autos pasaban deprisa por los flancos dejando restos de sonido. «De acuerdo, vamos», dije. El taxi se incorporó a la autopista.

«¿Y por qué viene de tan lejos a ver nuestros mares?», preguntó el conductor un par de silenciosos kilómetros más tarde. Yo prefería no hablar, aún menos de cosas tan íntimas como los porqués de un gran viaje. Podía haberme enfundado la irritación y aceptar la charla para recabar los primeros datos sobre Pekín, pero al fin y al cabo la capital no interesaba a mi proyecto —es una ciudad interior, tiene el mar a tres horas— y estaba cansado después de cruzar Europa y Asia escuchando las expectoraciones ultrahumanas de los chinos en los lavabos de Schiphol —donde hice escala— y en el avión.

De todas formas, la pregunta era buena para empezar: ¿por qué la costa china? La respuesta detallada concluiría que al principio me sugestionó la abrumadora cantidad de informaciones recibidas sobre China en los últimos años, la mayoría apuntando al boom económico sin precedentes en la Historia. Números muy largos rutilaban en los *media*, que reproducían cifras y estadísticas a destajo, tan incomprensibles como aparentemente asombrosas. Se publicaron grandes reportajes y libros sobre las condiciones laborales de las fábricas chinas, sobre el retorno de Hong Kong y Macao a la égida del Partido Comunista, sobre las nuevas mecas del *shopping*, la piratería y la corrupción desbocada, la política de hijo único, los maltratados derechos humanos, la incierta amenaza que suponía el país para Occidente...

En nuestro imaginario, los chinos habían sustituido los tejados Ming por rascacielos de vanguardia, los trajes Mao por vestidos de colores, y los lejanos soldados con coleta o los televisivos luchadores de kung-fu habían pasado a convertirse en el vecino despeinado, el frutero o el dueño del todo a un euro. Gente discreta y endogámica, difícil de comprender para nosotros, aunque no diera problemas.

El taoísmo, la principal filosofía religiosa china, afirma que el agua sigue el curso de la sabiduría. Enérgica y flexible, no se yergue, sustenta; no se enfrenta, penetra. Así los chinos habían procurado actuar a lo largo de la historia, evitando colisiones, extendiéndose. Y así los chinos habían comenzado a influirnos, sin aspavientos, con la suave pero inexorable eficacia de una marea alta.

El Imperio del Medio resurgía como líder planetario tras un par de siglos en retaguardia. Era un regreso anunciado, al menos por los propios chinos, que confían en los ciclos y sabían que este momento llegaría. También saben que acabará. De todos modos, su nueva era despega ahora y, ya hasta el final de mi vida, China continuará figurando como una gigantesca presencia mundial, de acuerdo a su tamaño. La grandeza suele ser atractiva, al menos difícil de arrinconar,

pura cuestión de espacio. Y las sombras de los gigantes se ciernen sobre el resto.

Me encontré contemplando China.

Hablé con personas de aquí que habían estado allá y coincidían en las sorpresas continuas y en la fascinación, no siempre positiva. La mayoría, también los que dominaban el idioma, aludieron a la dificultad de «conectar». «No hay manera de entenderse», repetían después de cerrar tratos multimillonarios con los inescrutables asiáticos.

El coche de los estafadores circulaba por una vía de varios carriles bien asfaltada. Los árboles y las fábricas se alternaban en los márgenes tocados por una grisura espesa que se compactaba reduciendo el horizonte conforme nos aproximábamos a la capital de tierra adentro.

No iba a detenerme en Pekín, aunque ahí radicara el interruptor del novísimo alumbrado nacional. En realidad, al encender la luz de China, el espectáculo resultaba mucho menos cegador de lo esperado. En el mapa no había tantas zonas iluminadas por el dinero y el progreso. El enorme oeste permanecía casi a oscuras, mientras que el centro y el sur ofrecían reverberaciones llamativas pero dispersas, Pekín una de ellas. La zona de luz más homogénea serpenteaba como una alfombra rutilante a lo largo de los dieciocho mil kilómetros de costa, y envolvía a algunas islas, que centelleaban como estrellas en el mar.

Dalian, Qingdao, Shanghai, Hong Kong, Cantón, Macao..., ésa era la China que estaba transformando al mundo, y a ella misma. Y parecía dispuesta a hacerlo de una forma tan radical que en adelante la historia se mediría por un antes y un después de la eclosión de sus metrópolis costeras.

La mutación del viejo Imperio llegaba desde el mar, espléndida en paradojas. La China litoral aplicaba simultáneamente los antagónicos capitalismo y comunismo al tiempo que ponía la quinta velocidad del desarrollo después del letargo maoísta, obligando a reajustes vitales que no todos estaban en condiciones de asumir. Ante la prosperidad de las

urbes costeras, millones de campesinos peregrinaron ilegalmente en busca de trabajo, creando megasuburbios donde fermentaron nuevos tipos de miseria.

En el taxi, fue un reflejo preguntarse adónde me conducían los timadores. Yo no había respondido a su pregunta y ellos no habían intercambiado palabra en la más de media hora que llevábamos en el coche. Accedimos a un carrusel de anchas avenidas que flanqueaban altos edificios desvaídos por el *smog*. La gran nube de polución impedía ver más allá de trescientos metros. En los arcenes rodaban ciclistas tapados con mascarillas médicas o con viseras que recordaban las de un soldador. Una mujer en minifalda con el paraguas abierto —¿dónde estaba el agua? ¿Dónde el sol?— pasó por delante de un anciano mendigo con sombrero de paja, los pantalones rotos, llagas en las manos y gafas ahumadas Armani.

China intentaba conciliarlo todo y en la costa aún más. Allí convivían hiperricos e infrapobres, más de medio centenar de etnias, religiones de todo tipo; el mandarín oficial comulgaba con múltiples dialectos empleados por millones de personas. Pese a su clandestinidad, la prostitución se disparaba para satisfacer la demanda del turismo creciente y de los nuevos ricos en la cresta. «Nunca faltan putas junto al mar», me había asegurado un viajero.

Los chinos del mar se desprendían de remilgos para disfrutar a todo tren de unos bienes negados durante décadas. Lo querían todo, pronto y a espuestas. El gobierno apoyaba el experimento, multiplicando las Zonas Económicas Especiales, que trajeron la riqueza a numerosas ciudades. La cosa rodaba. Sin democracia, una fórmula que los mandatarios atribuían a sociedades bárbaras.

Observada por el resto del país y del planeta, la costa china se recreaba en la burbuja eufórica de todos los comienzos. Se sentía joven y, a la vez, experta, avalada por su historia tan larga. Pero, como a todo lo joven a principios del siglo XXI, la perturbaban avalanchas de contradicciones que

amenazaban dinamitar sus cimientos, su esencia. Al menos algo estaba claro: si China reventaba o crecía, si se desintegraba o reordenaba, lo haría desde el mar.

Los chinos confiaban en los ciclos de la historia, que con cronométrica exactitud se venían repitiendo desde hacía milenios, y por eso aún creen que, pase lo que pase, su civilización prevalecerá. Siempre fue así. De cualquier forma, la nueva coyuntura no tenía precedentes.

En los siglos VII y VIII, China había despertado al comercio marítimo explotando la ruta hacia India, pero esta vía decayó y no fue hasta los albores del siglo XV cuando el marino Zheng He abrió espectacularmente el país al mar, anticipándose a Colón, Vasco de Gama y Magallanes en el descubrimiento de otros mundos. Las flotas de Zheng He marcaron un apogeo cultural pronto finiquitado, sin embargo, por la propia dinastía Ming que le apoyó: Zheng He salía caro. Terminaron las expediciones marinas y, con ellas, el interés por lo extranjero. China se volvió hermética y ensimismada.

¿Resultado? Es verdad que además de emplear el paraguas o la cometa dos mil años antes que en Europa, China inventó la tinta, el papel o la pólvora, y sus marinos fueron los primeros en beneficiarse de la brújula, el sextante y el timón. Pero la revolución industrial de Occidente evidenció el letargo tecnológico del país, que acabó pagando su cerrazón siendo humillado con unos *treaty ports* que lo obligaron a ceder puertos estratégicos a potencias extranjeras.

Los primeros grandes bofetones llegaban del mar.

Luego, una decisión clave del líder del Partido Comunista, Mao Zedong, fue desatender las ciudades costeras para potenciar el interior del país. Pretendía una distribución más justa de la riqueza. Cuando Deng Xiaoping tomó el relevo no sólo devolvió poderes a la costa sino que la privilegió con las Zonas Económicas Especiales (ZEE). Desde entonces, el litoral asumía el papel motor del «milagro económico».

Una de las primeras iniciativas turísticas del país fue el trayecto en barco por el río Huangpu de Shanghai, la ciu-

dad donde se transliteró al chino la palabra inglesa *modern*. Los ciudadanos acudieron a las playas en masa aprendiendo a disfrutarlas. Se construyeron paseos marítimos con vistas emocionantes; el de Qingdao alcanzó los cuarenta y dos kilómetros. Se popularizó la expresión *xia hai*, que significa «lanzarse al mar» y señalaba a los adolescentes que abandonaban los estudios para hacerse sitio en el mercado. Los puertos competían con los más transitados del mundo. Y en torno a estos núcleos emergían colmenas fabriles donde se producía a mansalva, a menudo para la exportación.

En la autopista, el taxi superó a varios hombres solos que caminaban por el margen de la vía contradirección, sin nada en las manos. Sus imágenes taciturnas en semejante espacio inerte poseían un no sé qué inquietante y espectral.

Después de centurias de hermetismo, las dinámicas globalizadoras animaron a China a relacionarse por primera vez en serio con el exterior, recibiendo sus influencias. Para enfrentarlas, los indígenas contaban con la impenetrabilidad de la lengua y la confianza en sí mismos. Creían tener claro quiénes eran. Se afirmaban ahorradores, familiares, respetuosos con la autoridad, comedidos, pacíficos y lo bastante listos como para acuñar el dicho «siempre timamos al extranjero». Porque también están dotados para la mentira. Los chinos son hipócritas naturales, mucho mejores que los ingleses, cuya gestualidad casi siempre les delata. Consideran que el diablo es tonto. Cuentan que a los japoneses les despistaron en la guerra con una flota papirofléxica y que, durante las tempestades, los marineros echaban barcos de papel al agua para que las olas se cebaran con ellos olvidándose de los de verdad.

Enseguida iba a comprobar que no sólo mi chófer era en realidad un hombre de costumbres, sino que la tradición del engaño se seguía a gran escala: el gobierno consideraba cubierto el objetivo de remodelar la costa y había decidido dirigir los fondos de los bancos de inversión a las ciudades del interior más deprimidas. Pero emprender proyectos en zonas depauperadas no iba a reportar los réditos fulgurantes

y extraordinarios del litoral, así que muchas de las ciudades más beneficiadas por la inversión extranjera optaron por falsificar sus números para permanecer en el meollo del pastel.

Por otra parte, los portavoces políticos daban ruedas de prensa minimizando los éxitos económicos del país mientras analistas internacionales aseguraban que el gobierno escatimaba cifras aún más impresionantes, en una estrategia que, además de congeniar con la discreción que tanto reclamaba Mao, servía para no intimidar al resto del mundo con la visión de un dragón demasiado poderoso.

El caso es que se mentía por sistema mientras la brecha entre el campo retrasado y la sofisticada línea marina se ampliaba sin que las proclamas solidarias del comunismo pudieran arreglar gran cosa. Los campesinos se indignaban ante las abisales diferencias. Las manifestaciones violentas aumentaban cada año, China adentro. Las mentiras de la costa ya tenían unas víctimas visibles en las calles de sus propias urbes, donde coincidían zarrapastrosos emigrantes ilegales con ejecutivos en Ferraris.

La paciencia y el desapasionamiento eran otros rasgos proverbialmente chinos que se agrietaban junto al mar. Los jóvenes, de natural enérgicos y ambiciosos, hallaban oportunidad de prosperar de modo que, antes que el chino, les dominaba el hombre, y con él sus apetitos, sus tentaciones. Se volvían más salvajes en aquel universo ordenado, acostumbrado a compartimentar. Sentían los latigazos de la pasión y no renunciaban a ella, al contrario de lo que hicieron sus padres, y así se les disparaba la fantasía y el ansia de acción. El inconformismo juvenil abría fisuras que podrían devenir cataclismos si el sistema insistía en preservar su rigidez.

Las diferencias entre viejos y jóvenes eran mayores que nunca. También fue así en Occidente, pero en China aún más, porque la tecnología de vanguardia y la paleta de colores impactaron contra una sociedad agraria instalada en la uniformidad de los trajes Mao. Otras dos galaxias incompatibles eran el campo y la ciudad.

Y mientras los medios de comunicación, siempre controlados por el gobierno, divulgaban proclamas a favor de la unidad de una nación cada vez más aglutinada en torno a los Juegos Olímpicos que se preparaban en Pekín, los internautas descargaban músicas y películas nutriéndose de argumentos que les abrían interrogantes y hurgaban en la paradoja de un país donde se vendía casi de todo menos antenas parabólicas, tocado por la censura y con la matanza de Tiananmen aún fresca en la memoria.

La nueva revolución china, la que no tenía vuelta atrás, se levantaba como una gran ola desde los confines del continente y nadie conocía hasta dónde llegaría al romper, ni cuántas olas vendrían después ni cuánta frescura dejaría a su paso ni cuánta devastación. El futuro de China se jugaba en la costa. Pero ¿quién vivía allí? ¿Les gustaba pescar? ¿Cambiarían el gusto del té por el del café? ¿Tenían miedo al volver tarde a casa? No había casi libros que respondieran a esas preguntas. No había libros sobre la gente del planeta que experimentaba la metamorfosis más grande de las últimas décadas, sometida a todas las angustias y esperanzas de la época más vertiginosa hasta entonces, que era la mía. El país emergió como un símbolo de renacimiento y rebelión, su corazón bombeando como el de un animal portentoso e indómito pero perdido, inconsciente de sus auténticas posibilidades. Y ahí fue cuando pensé que todos éramos China.

Rodando en el auto intrigante por los anillos concéntricos de Pekín, no sabía aún que la Gran Muralla empieza en el mar. Quedaba tanto por saber... Luego crucé en barco el sucio golfo de Bohai; oteé en lontananza desde el cabo Chengshan rodeado de emperadores de piedra; recibí a putas en mi cuarto; paseé un jardín bajo la nieve; bailé en Cantón con una docena de expatriados balbuceantes por la droga, versión moderna de los colonos más lujuriosos del opio; viví un tifón; discutí a gritos, con lágrimas; me bañé a pocos metros de soldados y en playas paradisíacas donde un grupo de ucranianas en *topless* dejaban boquiabiertos a hombres y mu-

jeros; Hong Kong y Macao son dos joyas muy distintas, ambas reportan placeres por encima de la media; y hubo música donde los cañones apuntan a Taiwán; risas torcidas con mafiosos vietnamitas; bicis; perlas... Y, siempre, mar.

Pero esto son sólo fogonazos resultones de aquella normalidad costera capaz de extrañar hasta a un chino (de tierra adentro). Y es que lo que menos imaginaba era que iba a testimoniar las consecuencias de tantas colisiones situado en primera fila, a través de mi compañero Wang.

Un abuelo ojeroso y calvo fumaba en camiseta de tirantes junto a un semáforo. El tráfico era denso y lento. Los pitidos, constantes. Pekín nos había engullido en su trama de colosos de hormigón, pero también de acero y cristal. Nada brillaba en la áspera ciudad del norte empalidecida por el *smog* de sus apestosas branquias.

Wang iba a ser mi traductor durante la primera mitad del recorrido, de Dandong a Shanghai. Llegaría la mañana siguiente. Tenía veintiún años y venía en tren desde la provincia interior donde estudiaba español. Le había ofrecido costear su viaje al completo, sin más, porque como de costumbre me movía justo de dinero. Wang aceptó. Aseguró que le estimulaba viajar gratis por zonas desconocidas mientras practicaba un español que ya hablaba realmente bien, después de dos años en la universidad.

Con Wang comprobé cómo un país te puede explotar en la cara. Fui testigo del dismantelamiento de una forma de entender el mundo, el choque brutal y dañino entre las dos Chinas que pretendían conciliarse. Fue una experiencia violenta y aleccionadora que procuró sorpresas y agitaciones en un momento de mi vida que creía reservado a la tranquilidad. Aunque lo más extraordinario fue la certidumbre no sólo de asomarme a la cabeza de alguien educado de una forma tan opuesta, sino de asistir a cómo los prejuicios y repulsas del principio del viaje se iban modificando gracias a la comprensión de algunos matices que me aproximaron a muchos porqués, concediéndome un

entendimiento reconfortantemente mayor de aquellas naturalezas.

Desde luego que el taxista ladrón no fue el mejor inicio posible. El vehículo se detuvo en mitad de una avenida. «¿Dónde está el hotel?», pregunté. El chino señaló una calle saturada de carteles en caracteres que no entendía. Abrió el maletero y aguardó a que yo sacara la mochila. Estiró la palma de la mano y le pagué. No nos dijimos adiós. Tampoco volvió a preguntar por qué me dirigía al mar. De haberlo hecho, yo lo habría resuelto con la opción más breve y auténtica: «Por curiosidad».